



Berta Elena Vidal de Battini *
(República Argentina)

La princesa bruja (Chaco)

Era un chico que había perdido la madre. Tenía dos hermanas y el padre. Y él pasaba su vida muy amargada porque no tenía madre, y andaba sucio y lleno de bichos y de piques.

Y este niño tenía una gran virtud, comprendía el idioma de los animales. Y un día pasó un potrillo y relinchó. Y él entendió lo que había dicho, y sonrió él. Y el padre le preguntó porque sonrió y él le dijo que no le podía decir. Si él decía lo que entendía se moría en ese mismo momento. Así era esa virtud que tenía. Y por eso el padre lo agarró y le pegó y lo lastimó mucho. Y casi lo mató.

No sabía qué hacer. Entonces le dijo que se iba, y se fue.

Y tomó camino y se fue. Iba caminando cinco días. Y appena encontró para comer unas frutas silvestres de tuna.

Después, cuando menos pensó él, encontró a tres hermanos que estaban por pelear por un capote, unas botas y un sombrero. Las tres cosas tenían misterio. Entonce le dijo él:

206

-Porque se van a pelear entre hermanos. Eso no puede ser.

Al ver lo que ese niño decía, obedecieron.

Entonce le dijo que le den las tres prendas, y ellos corran una carrera a ver quien ganaba las prendas.

Las botas eran para correr tan ligero que nadie lo podía alcanzar, el capote era para que nadie lo vea, y el sombrero para pedirle lo que quiera, que lo traía al momento.

Y entonce les dijo que ya que los tres querían las tres prendas, que corrieran un kilómetro, uno por una carretera, otro por otra, y otro por otra, y que ganaba el que llegue primero. Entonces los tres hermanos salieron corriendo.

Y el niño cuando quedó solo se puso las botas, y se puso el capote, y claro, desapareció, y se puso el sombrero. Y salió disparando que nadie lo podía alcanzar. Y cuando los hermano llegaron de vuelta no pudieron saber nada del niño. Y siguió camino. Ya podía vivir con esas prendas. Y llegó en una casa muy pobre. Que vivía una viejita. Y la viejita le dijo:

-¿De dónde viene, niño?

-Desde muy lejo, abuelita -le dijo él.

-Entonce, va quedar aquí conmigo.

Y quedó el niño.

Hacia dos años que vivía ahí y siempre oía tiros de arma de juego. Y le preguntó a la viejita qué eran esos tiros y tiros.

-¡Ah!, ¡mi hijo!, esos tiros son del Rey que mata a la gente. Que tiene una hija, que se pierde cada noche y no sabe dónde va. Si uno se compromete a descubrir y no puede descubrir, él lo mata.

207

Entonce dijo el niño:

-Yo le descubriré.

-No, mi hijo, a usted lo va a matar el Rey. Usted no sabe, pero no tiene perdón.

-No tenga miedo, agüelita. Yo iré y no me va a pasar nada.

Y se marchó. Agarró el capote, el sombrero y las botas. Fue a hablar con el Rey. Y le dijo al Rey:

-Yo vengo para descubrir el misterio de su hija.

Le dijo el Rey:

-No, no te comprometas, niño, que eres muy niño.

Y él le dijo:

-Yo no temo a la muerte. Yo no moriré.

-Bueno, entonces, comencé esta noche. La recompensa va a ser la mitad de mi fortuna y una gran cena para todo el pueblo.

Y quedan comprometidos. Y se quedó a dormir el niño en la casa del Rey. Y el Rey le quiso dar una cama de lujo para que él duerma. No aceptó. Yo voy a dormir en la puerta de la Princesa, en estos cueros.

Bueno, quedó ahí. Llegó la noche y él se acostó. Se levantó la Princesa a espiarlo y él se hacía como si roncaba. Entonce la Princesa dijo:

-Pobre de vos, mañana estarás fusilado.

Entró adentro, la Princesa, y sacó un frasco grande, y él ya la 'taba espiando. Abrió el frasco grande y dijo:

-Vamos a andar.

Y se transformó en un diablo el frasco. Ella montó sobre el diablo y salieron velozmente.

208

Entonce el niño se puso el capote, el sombrero, y se puso las botas, y salió de atrás. Tuvieron como una hora de viaje. Llegaron a la casa de un rey. Que era el que la pretendía. Un gran baile hicieron.

Por el camino decía la Princesa:

-Una rosa de diamante para presentar al rey turco -y desaparecía en un pozo, y salía con la flor, y se la puso entre el cabello.

El niño le sacó la flor y la puso dentro del capote. Hasta al fin llegaron y la Princesa se puso a bailar. Después de tanto bailar, a la Princesa se le rompieron todos los zapatos, y los tiró. Recogió el niño los zapatos y los guardó. Eran siete pares de zapatos.

Entonce el Rey le dice al asistente:

-Parece que hay alguien por aquí, porque yo oigo ruido y no veo nada. Y era el niño que andaba vestido con su prenda misteriosa, y nadie le podía ver.

Y después dijo al asistente:

-Hay ruido. Pasame esa espada que tiene empuñadura de plata.

Y cuando amagó para pegar dónde había ruido, el niño se la manoteó y le quitó la espada, y se la puso abajo del capote y desapareció.

Entonce dijo otra vez el Rey enojado, al asistente:

-Pasame ese sable que tiene empuñadura de oro.

Y hizo lo mismo. Amagó para pegar y el niño le quitó el sable, y le puso abajo del capote, y desapareció.

Entonce iba ya casi amaneciendo. Entonce dijo la Princesa:

-Tengo que ir en casa.

Montó el diablo, y fueron. El niño nunca se separaba de la Princesa. Él llegó primero que la Princesa y se puso sobre el cuero como si no hubiera salido.

Y dijo la Princesa cuando llegó:

-¡Mirá quién me va descubrir! ¡Pobre diablo!

El Rey mandó llamar al niño y a la Princesa. Y fueron, y fue todo el pueblo.

-Bueno, mi hijo -le dijo el Rey al niño- ahora llegó el momento de contarme lo sucedido.

-Sí, mi Majestá -contestó el niño.

Tomó un vaso de vino para afinar el garguero. Y dijo:

-Cuando yo me acosté, dentro de una hora, la Princesa me dio una patada y dijo:

-¡Qué va descubrir éste!

Agarró un frasco grande de abajo de la cama, que ahí lo tiene y lo transformó en un diablo. Montó por él. Después anduvo una legua. Dijo entonces la Princesa: Una rosa de diamante para presentar al Rey turco. Y sacó la rosa de un pozo. Y yo le saqué y le puse bajo mi capote. Y le entregó al Rey la rosa. Y se pusieron a bailar. Se le rompió el primer par de zapato y aquí lo tengo. Y lo entregó al Rey. Y después se le rompieron seis pares más de zapatos. Y aquí están y los entregó al Rey.

A medida que iba contando el niño la Princesa se iba sonrojando. No sabía qué hacer. Y entonces siguió el niño:

-Yo hice ruido y el Rey pidió al asistente la espada de empuñadura de plata para pegarme, y yo le quité, y aquí está. Y entonces hice más ruido. Y el Rey pidió el sable de empuñadura de oro, y yo le quité, y aquí está. Le presenté al Rey. Y después se vino y dijo que volvía a la otra noche.

210

Después, dijo el Rey:

La Princesa no es hija mía, es una bruja. Yo sé qué castigo merece.

Y agarró cuatro potros de los más malos. Se lo ató uno por cada brazo y extremidades y la descuartizaron. Y al frasco le tiró en fuego muy grande.

Que salió volando el diablo del fuego.

Y al niño se le dio lo que le prometió. Y él se fue a vivir con la viejita, su segunda madre.

Evangélico Coronel, 21 años. Resistencia. Chaco, 1952.

Aprendió el cuento de la abuela.

* Tomado de Cuentos y Leyendas Populares de la Argentina, de Berta Elena Vidal de Battini.

Dada la vastedad de ésta enjundiosa obra la Biblioteca Virtual Universal, sin perjuicio de presentarla en sus cinco volúmenes, adopta el método de ofrecerla también dividida para favorecer la búsqueda del lector.

En cada uno de los cuentos la autora menciona al narrador original, del cual extrajo la versión.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

